

No ignoraba que era preciso mucho tacto para conducirlo, y sentia interiormente que Juba iba fundado al decir que las amenazas de la ley, por severas que fuesen, ningun efecto producirian en su hermano. Considerando el influjo de Calista como el medio mas seguro para llegar á su objeto, resolvió obrar personalmente lo menos posible, procurando, sin embargo, que el entendimiento y el corazon de Agelio, en cuanto de él dependiese, conservasen inclinacion hácia aquella jóven. En cuanto al aserto de Juba de que Agelio no era cristiano de corazon, la noticia era demasiado agradable para que Jucundo osase creerla; y no obstante, esperaba que sucediera así, cuando el sol de la Grecia alumbrase al jóven, disipándose entonces en su espíritu los restos de la supersticion oriental.

Con tal disposicion de ánimo, se decidió el anciano un dia despues de comer á dejar el cuidado de su tienda á un esclavo, para dirigirse á casa de su sobrino y cerciorarse por sí mismo de sus sentimientos, á fin de calcular si Agelio seria hombre que se dejase coger en el lazo que le habia tendido por

medio de Calista. No se podía perder tiempo, pues el edicto se aguardaba de dia en dia, v traeria como consecuencia desastres irremediabiles.

### CAPITULO VIII.

Púsose, pues, en camino Jucundo para ir á sondear el terreno en casa de su sobrino, y trabajar á fin de que su proyecto le saliese bien. El sendero que tomó le condujo cerca del templo de mercurio, que servia á la sazón de escuela de chicos, y estaba pegado á algunos edificios académicos pertenecientes á la ciudad y á alguna distancia de ella. Aunque nuestro amigo no habia mirado con abandono la instruccion de sus sobrinos, es dudoso que fuese ardiente partidario de la literatura y la educacion; porque en el fondo, las letras le parecian, á lo mas, propias para turbar el entendimiento, y jamás habia visto que produjesen gran bien. Los retóricos y los filósofos no sabian qué hacer ni en qué base apoyarse. Tanto conocian las opiniones que sustentaban



como las que no; y por lo que á él hace, tenia la conciencia esacta de su posicion; y aunque las palabras *creencia* y *saber* no se encontrasen en su diccionario religioso, podia, sin embargo, esponer seguidamente y sin vacilacion los puntos de su creencia ó de sus convicciones. Se sujetaba al órden de cosas establecido, á las tradiciones de Roma y á las leyes del imperio; pero, con respecto á los sofistas y declamadores griegos, pensaba poco mas ó menos como Caton el Antiguo. Los griegos (decia) son muy hábiles, y no tienen rivales en las bellas artes; si se les considera en su especialidad, son inimitables, ya manejen el cincel, el pincel, la llana, ó hagan uso simplemente de los dedos. (No era hombre capaz de formarse una grande idea de su *calamus stilus*, esceptuando la poesia.) Pero en las ciencias, ¿qué han hecho sino destruir los principios admitidos sin sustituirles otros? Ademas, son tan inconstantes y raros en sus gustos, que no se puede fiar en ellos. ¿Qué era en último resultado Sócrates, su patriarca, sino un culpado, un criminal á quien la justicia habia condenado á beber la cicuta? ¡Honroso fin, respetable princi-

pio de la familia filosófica! Platon y Jenofonte han acertado en cubrir con el velo de lo maravilloso tal acontecimiento; pero eso no le quita el carácter que tiene. Por otra parte se presenta Anaxágoras, desterrado de Atenas á causa de sus doctrinas revolucionarias, y Diógenes, que fué como los cristianos, acusado de ateismo. El mismo estado de cosas habia continuado en tiempos mas recientes: se habia visto al insensato Apolonio vagando por toda la tierra; y hacia cincuenta años que Apuleyo, vecino de los griegos, hombre que ocupaba una posicion respetable, noble, pero sectario de su filosofia, se habia entregado á la mágia, y habia pretendido poseer el don de milagros. Otros se habian apartado de ellos para entrar en el cristianismo, como en pais suyo; tales fueron Minucio, contemporáneo de Apuleyo, y su amigo Octavio; ejecutando lo propio Cecilio, que llegó á ser uno de los sacerdotes de la secta, y que alejó á muchos otros de la religion que habia abandonado. Por último, uno de ellos, Thascio Cipriano, natural de Cartago, que empezó tambien siendo retórico, habia servido durante algunos



años de objeto á las habladurías públicas. Así, pues, lo único que inspiraba temor á Jucundo, tocante á Calista, era que fuese griega.

Al pasar por delante del templo oyó el sonido de la plancha de metal, que indicaba ordinariamente el fin de la clase; y volviéndose de mal humor hacia el pórtico, vió salir á un amigo suyo, joven de veinte años, conduciendo de la mano á un niño de diez, el cual llevaba al hombro su bulto.

—Arnobio (1), le gritó, ¿cómo vas de retórica? ¿Te decides á seguir la carrera del foro, ó bien la del profesorado? ¿Quién es ese chico? ¿Es uno de tus hermanos pequeños.

—He tenido lástima del bribonzuelo, respondió Arnobio. Los maestros de escuela son una raza de salvajes; me hicieron sufrir bastante, y *miseris succurrere disco* (2). He sacado, pues, á este niño de casa de nuestro amigo Rupilio, y le he tomado bajo mi protección. ¿Cómo te ha tratado, querido?

(1) Hay aquí un anacronismo de veinte á treinta años.

(2) Aprendo á socorrer á los desgraciados.

—Como pudiera tratar á un esclavo ó á un cristiano, respondió el chico.

—No sin merecerlo, estoy seguro, dijo Jucundo; pareceme que muestras demasiada desemboltura y petulancia. Un Geta contra un Breton. ¡Qué es celente cosa es la instruccion! Testigo ese mozuelo. La nueva generacion camina tan aprisa, que no se sabe adónde irá á parar el mundo.

—Cuéntame lo que tu maestro te hizo primeramente, dijo Arnobio.

—Como acaba de indicar el señor, respondió el niño, yo hice primeramente algo al maestro, y despues el maestro me hizo algo á mí.

—Lo mismo que dije, replicó Jucundo; es un chico que lo entiende; pero, apostaría á que se queda atrás de su maestro.

—Primero, repuso el niño, le hice una mueca, y él tomó su sandalia de madera y me rompió un diente.

—¡Bravo! dijo Jucundo, esa es la justicia de Pitágoras. Zaleuco no se condujera mejor. Cuando la boca peca, la boca es la que debe sufrir.

—En seguida, continuó, hablé durante la clase á mi camarada, y Rupilio me



puso una mordaza que me tuvo con la boca abierta mas de una hora.

—Es el Radamanto de los maestros de escuela! exclamó Jucundo. Y entonces tú entonarias sin duda un canto divino, aunque inarticulado, como la estatua de Memnon.

—Despues, no habiendo sabido mi Virgilio, me quitó la camisa y me dió una buena felpa.

—¡Bravo! respondió Jucundo, te grabó *Arma virumque* en la piel del espinazo.

—Luego me engullí su comida, prosiguió el niño, y entonces me encerró y me tuvo dos días sin comer.

—Hombre precavido, observó Jucundo.

—Por último, no habiendo llevado mi mesada, me ató las manos á una horca y me colgó *in terrorem*, para que sirviese de ejemplo á los demas.

—Entonces entré yo, dijo Arnobio; me gustó su aire gracioso, corté la cuerda que le sujetaba, pagué su pension y me le llevé á casa.

—¿Y es ahora pupilo tuyo, eh? preguntó Jucundo.

—Aun no, respondió Arnobio; segui-

rá todavía algun tiempo como esterno frecuentando la clase de ese viejo lobo. De poco le serviría cambiar de maestro, pues todos son iguales; pero me he declarado su protector, y le formaré algun dia. Es un chico inteligente, ¿no es verdad, Firmio? dijo volviéndose al niño; tiene ya la mano muy hábil para su edad, mas que yo, que nunca sabré escribir bien el latin. Sin embargo, ¿qué quieres que haga? Me conviene ser profesor, pues Roma es el solo punto á propósito para el foro; y el profesorado no es cosa despreciable en estas ciudades subalternas.

—¿Quién es tu maestro? preguntó secamente Jucundo?

—Eres el único hombre en Sicca capaz de dirigir semejante pregunta. ¿Cómo! ¿no conoces al gran Polemon de Rodas, amigo de Plotiro, pupilo de Teagenes, discípulo de Trasilo, que oyó las esplicaciones de Nicomaco y era de la escuela de Secundus, doctor de los Neo-pitagóricos? ¿No has sentido en Sicca la presencia de Polemon, el mas célebre é insoportable de los hombres? Sin embargo, este no es su título, sino el de divino, el de oráculo, el de prodi-



gioso, ú otro capaz de causar igual impresion. Su escuela es muy concurrida; y yo no tendria ninguna probabilidad de éxito, si no pudiese prevaleirme de haber asistido á sus lecciones; aunque apostaria á que nuestro amiguíto Firmio las daria tan buenas como éi; Polemon es el verdadero tipo de la naturaleza humana. Va al pórtico en litera de cedro, adornada de plata y cubierta con una piel de leon, conducido por esclavos y acompañado por multitud de amigos, con la pompa de un procónsul: Viste segun la moda mas rigurosa: su capa es de hermosa lana blanca, realzada con púrpura; sus cabellos rizados están ungidos de las mas preciosas esencias; sus dedos brillan con sortijas, y todo su cuerpo esparce un perfume parecido al Idalio. En cuanto se baja de la litera, un concierto de felicitaciones y de homenajes se levanta á su alrededor. No se detiene: sus discípulos favoritos le rodean y le conducen á una de las *exedrae*, hasta que el cuadrante indica la hora de empezar la leccion. Se sienta en silencio, con la mirada distraida ó fija en la pared que tiene enfrente, hablando consigo mismo, mientras que

llena el sitio un murmullo de admiracion. Cuando llega el momento, uno de sus discípulos, como si fuese el heraldo del duumviro, esclama: “¡Silencio, señores, silencio! el divino....” No, no es esto. No me acuerdo. ¿Cuál es su título? El inagotable.... ¡Ah! sí. “El inagotable va á hablar.” Todos callan: una voz clara y una elocucion acompañada indican que es la sentencia del oráculo. Contestadme si gustais, dice, el hombre de pequeña estatura, ¿qué ha existido primero, el huevo ó la gallina? Suscítase entonces un susurro que se convierte en disputa, y poco despues reina de nuevo religioso silencio. Al cabo de un cuarto de hora el heraldo vuelve á levantarse, y dirigiéndose esta vez al oráculo, dice: “Entendimiento inagotable, debo advertirte que nadie, en toda esta compañía, se encuentra capaz de resolver la cuestion que tu condescendencia se ha dignado proponer á nuestro examen.” A esto sigue un nuevo silencio, y por último, un nuevo *efatum* del hierofante. “¿Qué es lo que ha precedido, el huevo ó la gallina? El huevo ha precedido en relacion á la causatividad de la gallina, y la gallina en



relacion á la causatividad del huevo." Generales aplausos acogen estas palabras: las filas de los ex-adoradores se rompen, y el profesor, con una modesta repugnancia, se deja llevar en brazos ó sobre los hombros de la multitud literaria á su cátedra."

Aunque en la narracion de Arnobio muchas cosas lisonjeaban las preocupaciones de Jucundo, sospechaba de su amigo, y no se sentia muy dispuesto á admirar sin reserva á los que satirizaban cualquier cosa—aun la afectacion—establecida ú ordenada por el gobierno. Dijo algunas palabras sobre la sabiduría de los siglos pasados, el respeto debido á la autoridad, las instituciones de Roma y los magistrados de Sicea.

—No busques las novedades, dijo á Arnobio, haz todos los dias tu libacion á Júpiter, el conservador, y al genio del emperador, y deja que las demas cosas sigan su curso.

—¿Pero, supongo no querrás que crea cuanto nos cuenta ese hombre, porque los decuriones nos le hayan enviado? preguntó Arnobio. Polemon enseña que Proteo es materia, y que los minerales y los vegetales componen su rebaño;

que Proserpina es la influencia vital, y Ceres la eficacia de los cuerpos celestes; que hay espíritus mundanos y supra-mundanos; ¡y esto sin contar su doctrina acerca de las triadas, las mónadas y las progresiones de los dioses celestes!

—¡Hem! exclamó Jucundo, no decian eso cuando yo iba á la escuela; pero, no te apartes de mi línea de conducta, amigo mio, y jura por el genio de Roma y el emperador.

—No creo en dioses ni diosas, en los emperadores ni en Roma, dijo Arnobio; no admito filosofia ni religion, sea la que fuere.

—¿Cómo! ¿abandonarás los dioses de tus antepasados?

—¿De mis antepasados? replicó Arnobio, no los tengo. No soy ciertamente Africano; no soy Cartaginés, Fenicio, Cananeo, Númida ni Gétulo. Soy medio griego y medio no sé qué. ¡Oh! ¡mi viejo amigo! tú perteneces aun á los antiguos tiempos. En cuanto á mí no creo en nada. ¿Ni qué habria de creer? Hay á mi alrededor tal confusion de creencias, que no sé por cual decidirme.

—¡Ah! ¡la nueva generacion! exclamó



Jucundo con un gemido. ¡Jóvenes! no sé que será de vosotros cuando los viejos háyamos abandonado la escena. ¡Quizá eres cristiano!

Arnobio se echó á reir. — En esa parte, puedo á lo menos tranquilizarte. ¡No haria yo mal cristiano, viendo fantasmas y divirtiéndome sobre la rueda ó en los calabozos! ¡Oh! nada temas. Quiero disfrutar de la vida. Parece que la riqueza, los honores y los placeres valen la pena de que se piense en ellos un poco, y por lo que á mí toca, no tengo otro objeto.

— ¡Bien, querido, exclamó Jucundo, ¡bravo! No cejes. Confieso que al principio me distes miedo; mas ahora estoy tranquilo del todo. Dejate de visiones, especulaciones, conjeturas, fantasías y novedades, pues que solo pueden producir confusion.

— No, no, dijo el jóven, no soy tan salvaje como imaginas, Jucundo. Es cierto que no creo una palabra de cuanto concierne á los dioses; pero en su culto he nacido y en su culto moriré.

— ¡Admirable! exclamó Jucundo, ¡admirable! Eres un jóven de mérito y sim-

patizas conmigo. Siento ardientes deseos de adoptarte.

— No creo una sílaba de todo lo que dicen los sacerdotes; ¡y quién ha de creer tales patrañas! Ellos no, de seguro. No creo en Júpiter, Juno, Astarte ni Isis; pero ¡á dónde iria en busca de algo mejor? ¡Ni qué necesidad tengo de bueno ni de malo en esa línea? No se sabe nada en ninguna parte, y pasaria mi vida en buscar lo imposible. No: vale mas permanecer donde estoy; ir mas léjos, seria trabajo perdido. Como ves, vivo para mí mismo y para el genio de Roma.

— Ese es el buen camino, respondió Jucundo encantado, aunque á la verdad, asombra en un jóven como tú. ¡Dónde has adquirido tan sano juicio, amigo mio? Te conocia apenas. Debo decirte que eres verdaderamente mozo de provecho. ¡Me admiras, te lo aseguro! Tales jóvenes, son raros hoy dia. Te felicito de todo corazon por tu inteligencia y cordura. ¡Quién esperaria semejante cosa? A decir verdad, siempre he recelado algo de tí; te has declarado noblemente. ¡Bien! no te pido que creas en los dioses, si no



te es posible; mas es tu deber, querido, tu deber para con Roma sostenerlos y defenderlos cuando se ven atacados. ¡Ah! añadió cambiando de tono, ¡pluguiera á los dioses que uno de mis jóvenes amigos tuviera tus ideas! Y temiendo haber dicho demasiado, se detuvo bruscamente.

—¿Aludes á Agelio? preguntó Arnobio; y á propósito, continuó bajando la voz, ¿sabes el rumor que circula por el Capitolio? Dícese que en Roma se procede con arreglo á un plan enteramente nuevo contra los cristianos, el cual da los mejores resultados. No se les condena ya á muerte, á lo menos de pronto, sino que se les prende y amenaza con el tormento. Es admirable cuantos abjuran.

—¡Carguen las furias con ellos! exclamó Jucundo: merecen sufrir todos los males posibles, y solo exceptúo á mi pobre sobrino. De ese modo engañan al verdugo, renunciando á su ateismo; viles serpientes, que ceden á una amenaza; sin embargo, añadió gravemente, ¡ojalá que las amenazas lo grasen conmovier á Agelio! Pero mucho me temo que no hagan mas que aumen-

tar su terquedad. ¡Oh! ¡qué tercos son estos cristianos! Arnobio, añadió moviendo la cabeza y con una mirada solemne, es una prueba de los dioses, una especie de *ninfolapsia*.

—Que no durará, contestó Arnobio, estoy seguro; el delirio está á sus fines. Lo pasmoso es que haya podido durar tres siglos. Cuéntase que en algunos puntos, despues de publicado el edicto, los cristianos no han aguardado la intimacion, sino que se han precipitado en masa en los templos como atunes, para sacrificar á los dioses. Los magistrados se veian obligados á señalarles dia; y una vez corrido el plazo, los que se daban mas prisa á convertir á los restantes, eran aquellos que habian vuelto á ser hombres honrados. Se han sometido muchos de sus místicos y de sus esotéricos.

—Si eso es verdad, dijo Jucundo, puede suceder que Agelio se vea abandonado por su secta, antes que él la abandone. El cristianismo se convertirá antes que él.

—No temas por Agelio, dijo Arnobio, le he conocido en la escuela. Los niños difieren: unos son atrevidos y sin-



ceros; hombres en cuanto al carácter, obran según su propio impulso, hablan libremente y con franqueza. Otros son tímidos, reservados, vergonzosos, y temen hacer lo mismo que desean. Agelio no ha conseguido nunca desprenderse de esta falsa vergüenza, y se ha replegado sobre sí mismo. Le costaría poco dominarla, y no me admiraría de que logrado esto, cayese en el extremo contrario. Quizá le veas antes de mucho, bebedor, fanfarron y pródigo.

—¡Excelente noticia! exclamó Jucundo. ¡Cuánto me place que presientas ha de renunciar á sus extravagancias! No creo que se hallen arraigadas en él fuertemente.

Dió algunos pasos en silencio, y luego dijo:—Arnobio, este niño parece inteligente. ¿Sería capaz de hacerme un servicio en caso necesario? ¿Conoce á Agelio?

—¿Si le conoce? respondió Arnobio; sin duda, y también su heredad: como que ha recorrido mil veces los alrededores de Sicca. Conoce los caminos mas cortos y secretos, y los rodeos mas seguros.

—¿Cómo se llama?

—Firmio Lactancio.

—Pues bien, Firmio, ¿querrás decirme dónde pasas el día?

—Por la mañana y después de comer, estoy en la clase, respondió el chico; á medio día, durmiendo bajo el pórtico; por la tardecita, no sé dónde; y á la noche, en el desvan de Arnobio.

—¿Sabrias guardar un secreto, preguntó Jucundo, y desempeñar una comision que te se confiase?

—Ya le arreglaría yo mejor que Rupilio, si no se portase como debe, dijo Arnobio.

—¡Bien! exclamó Jucundo, y saludándoles con la mano, salió de la ciudad, y ellos se dirigieron á sus diversiones de la tarde.

---

## CAPITULO IX.

Agelio estaba trabajando en su heredad. Mientras que los enemigos de su fé se ocupaban en tenderle lazos, á él y á sus hermanos, en la ciudad imperial, en el *officium* proconsular y en la curia municipal; mientras que Jucundo no